

VOLUMEN II

JOSÉ LUIS CORRAL

LOS AVSTRIAS



EL TIEMPO EN SUS MANOS

AMBICIÓN, SEXO, PODER:
LA GRAN SAGA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO

En *El tiempo en sus manos*, José Luis Corral nos introduce en los años posteriores a la coronación de Carlos I como emperador.

Una vez resuelto el problema sucesorio tras el fallecimiento de su abuelo Fernando de Aragón y la incapacidad de su madre, Juana la Loca, para ejercer el gobierno, el joven Carlos es proclamado emperador.

Convertido en el monarca más poderoso del mundo, dueño de media Europa y de las Indias, se verá obligado a afrontar los problemas de unidad del imperio cristiano frente a la ofensiva turca. Para ello, contará con el apoyo, por fin, de todos los reinos de España, que pretende unificar bajo su reinado.

Para asegurar la descendencia, contrae matrimonio con Isabel de Portugal, su prima hermana, con la que vivirá un amor apasionado.

Ambición, sexo, poder: la gran saga sobre la forja de un imperio.

1
—

EL EMPERADOR

Toledo, 28 de enero de 1519

Escuchó tres fuertes golpes en la puerta. Titubeante, se acercó a abrirla y, al asomarse, la sangre se le heló en las venas.

—Juan Losantos, date preso —le anunció el oficial de la Inquisición, al que acompañaban cuatro hombres armados, alabardas en mano y espadas desenvainadas.

—¿Quién me requiere?

—La Santa Inquisición. Debes acompañarnos; has sido denunciado por cometer pecado contra natura.

—Puedo recoger...

—No. —El oficial fue tajante y no permitió que Juan siguiera hablando—. Síguenos, ya.

—¿Qué ocurre? —Andrés, el amante de Juan Losantos, salió a la puerta sobresaltado.

—Y tú, gañán, quédate donde estás, o te apresaremos también —lo amenazó el oficial apuntándole con su espada.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó Juan angustiado.

—Enseguida lo verás.

—Toma, Juan, abrígate, hace mucho frío. —Andrés le alargó un cobertor de lana con la que se cubría los hombros—. Y no te preocupes, hablaré con tu padre.

El oficial miró con desprecio a Andrés y escupió al suelo.

—Si de mí dependiera, todos vosotros, maricones de mierda, arderíais en la hoguera, pero antes os quitaría las ganas de pecar metiéndoos un buen pedazo de hierro ru-siente por el culo. Sobre todo a los que os gusta «romper zapatos»; seguro que tú —el oficial inquisidor señaló primero y clavó con fuerza después su dedo índice en el pecho de Juan— eres uno de esos.

—¿«Romper zapatos»? —se sorprendió Andrés.

—¿No sabes qué significa? —El oficial se volvió hacia el amante de Juan Losantos.

—No...

—Pálpate el culo y comprueba si tienes «el zapato roto» —rieron el inquisidor y sus alguaciles.

—Esa expresión se emplea para señalar a quien abusa de niños —le explicó Juan apesadumbrado y triste.

Andrés se mordió los labios.

—Vamos, andando que no tenemos todo el día —añadió el oficial empujando a Juan y apartando de un manotazo a Andrés.

Apenas rayaban las primeras luces del alba sobre el horizonte de Toledo aquella mañana de invierno, en la que unas nubes oscuras amenazaban con dejar caer una copiosa nevada sobre la ciudad.

Escoltado por los guardias de la Inquisición, Juan Losantos caminó durante un buen trecho. Las empinadas calles de Toledo estaban casi vacías a esa hora tan temprana, y los rápidos pasos de las botas de cuero de los guardias resonaban sobre las piedras de la calzada como crujidos de fantasmas.

Hacía cien años que los dominicos, los perros de Dios, habían trasladado su convento desde las afueras de Toledo al centro de la ciudad, cerca de la catedral. Dedicado a san Pedro Mártir, el enorme edificio estaba en obras, pues la

orden de Santo Domingo pretendía convertirlo en el más grande y fastuoso de cuantos poseía en Castilla.

Juan Losantos fue conducido a una gran sala de paredes de piedra cubierta con una techumbre de madera recién labrada, todavía sin terminar.

—Aguarda aquí. Y vosotros dos, no le quitéis ojo de encima a ese maricón; estos cabrones se escurren como las anguilas —ordenó el oficial a dos de los cuatro guardias.

—¿Puedo sentarme? —demandó Juan Losantos.

—No, no puedes. Sabías eso de «romper zapatos», ¿eh? Apostaría a que has roto algunos. ¿O quizá te los rompieron a ti? —El oficial sonrió malicioso; sus dientes, agudos como los de una hiena, se dejaron atisbar entre sus labios.

—Jamás he forzado voluntad alguna —asentó Juan.

—Que permanezca de pie hasta que lo vea el juez —ordenó el oficial a los guardias; se acercó a uno de ellos, le dijo algo al oído y salió de la sala acompañado de los otros dos.

Solo entonces Juan Losantos comenzó a sentir un frío glacial que le helaba los huesos; apenas había salido de casa vestido con un camisón de noche, unas babuchas de cuero y el cobertor que le había entregado Andrés, poca ropa para combatir el intenso frío de aquella madrugada invernal.

Tuvo miedo, mucho miedo; la severa amenaza del oficial que lo había detenido no parecía en vano. Aquel tipo hablaba con ira, y su actitud no presagiaba nada bueno. Tras un buen rato de pie en medio de aquella desangelada sala, se resignó al fin. Y esperó, esperó, esperó...

Lérida, 28 de enero de 1519

Se sabía emperador..., ¡el emperador!

Carlos de Austria había recibido días atrás, justo unas horas antes de dejar Zaragoza, la noticia de la muerte de su

abuelo, el emperador Maximiliano. El séquito real se puso en marcha y atravesó el amplio desierto de los Monegros, una árida y reseca extensión de páramos vacíos y vaguadas solitarias que se extendía a lo largo de un centenar de millas desde las mismas puertas de Zaragoza hasta el curso del río Cinca.

Hacía cinco días que había salido de Zaragoza, y durante todo el camino no había dejado de pensar en el Imperio. Aquel joven muchacho asustadizo e inexperto que había llegado desde Flandes a Castilla dos años atrás, sin siquiera hablar la lengua de sus nuevos súbditos, sin conocer sus costumbres y sin saber de sus gustos, estaba a punto de convertirse a sus casi diecinueve años en el hombre más poderoso del mundo.

Esa mañana había comido en Fraga, la última villa del reino de Aragón, y había pisado tierras de Cataluña a mediodía. A las dos de la tarde entró en Lérida por la puerta de San Antonio. El concejo de la ciudad le había preparado una solemne recepción; allí estaban presentes sus cincuenta miembros, el canciller mayor y el obispo de Tortosa. El rey subió a un tablado levantado al efecto y se sentó en un sillón de madera. A su lado, siempre atento a cualquier detalle, se situó Guillermo de Croy, señor de Chièvres, su principal asesor, que ejercía como camarero real.

—Alteza —el decano de los cuatro *paers* o consejeros que formaban el consejo de gobierno de la ciudad se dirigió al rey en nombre de todo el concejo—, la Paería de Lérida os da la bienvenida a esta vuestra ciudad y, en su nombre, os solicita que confirméis los privilegios, libertades y costumbres de las que viene gozando desde que los concedieran vuestros ilustres antepasados los reyes de Aragón y condes de Barcelona.

Carlos, que apenas entendió la lengua en la que le hablaba el *paer en cap*, aceptó con una indicación de su mano. Entonces, el notario y escribano de la ciudad leyó una fórmula ritual, le presentó el documento con la confirma-

ción de los privilegios, previamente acordada con los oficiales reales, y Carlos de Austria puso su firma al pie del escrito.

—Apruebo, ratifico y confirmo vuestros privilegios y libertades —se limitó a proclamar el rey leyendo esta fórmula escrita en catalán en un papel, lo que provocó los vítores de los dos centenares de personas allí congregadas.

El rey descendió del tablado, subió a su caballo, que sujetaba un palafrenero, y, tal como indicó el escribano, se colocó bajo un enorme palio que portaban los cuatro *paers*, varios caballeros y algunos ciudadanos principales. La comitiva recorrió la calle del Hospital, Mayor y de la Zapatería, hasta llegar a la plaza de la catedral, donde el rey se apeó del caballo y adoró y besó la santa cruz que le ofreció el obispo.

Ya en la rica casa de mosén Pou, en la plaza de San Juan, donde se había preparado el alojamiento del monarca, Carlos de Austria se relajó. Allí lo esperaban su hermana Leonor, su abuelastra y amante la reina Germana de Foix y la hijita de ambos, nacida unos meses atrás en Zaragoza.

—Mi señora —se dirigió Carlos a Germana—, vuestra alta condición y dignidad merecen todo el decoro. He pensado, contando con vuestra real gracia, que caséis con don Juan, marqués de Brandeburgo y miembro de mi séquito personal. Quiero además que permanezcáis a mi lado en la corte y que no os falte ninguna atención, ni tampoco a vuestra hijita —Carlos seguía sin querer reconocer a Isabel, la hija que había tenido con Germana, como propia—. He reservado para vos un alto oficio, y vuestro nuevo esposo será además nombrado capitán general del ejército.

Carlos dejaba claro que Germana constituía una pieza más en su futura política imperial, pues el marqués de Brandeburgo era hermano del príncipe y duque de Brandeburgo, uno de los siete electores que en unos meses dirimirían quién iba a ser el próximo emperador de Alemania.

—Mi señor —habló Germana—, me hacéis un gran honor, pero nuestra hija la infanta Isabel...

—Isabel dispondrá de todos los cuidados y toda la despena que requiere la hija de una reina —la cortó tajante Carlos—. Confío en vos. Quizá os nombre virreina y gobernadora de Valencia. Hace unas semanas, antes de partir de Zaragoza, tuve que cesar a ese incompetente de don Pedro Maza, que no supo acabar a tiempo con los disturbios que se han producido en Orihuela y Murcia. Vos sabríais bien qué hacer, no en vano habéis tenido al mejor maestro del mundo en el arte del buen gobierno: mi abuelo el rey don Fernando.

Por si todavía Germana de Foix albergaba alguna esperanza en recobrar los favores de Carlos y volver algún día a su cama, aquella decisión de casarla con un noble de su séquito dejaba claro que el joven rey había decidido cortar de raíz sus amores con la reina viuda y acabar así con los chascarrillos que corrían por todos sus reinos, en los que se tildaba esa relación, que había durado dos años, de incestuosa y llena de pecado.

—Vos engendrasteis en mí el hijo que no le pude dar a vuestro abuelo, mi esposo el rey don Fernando. Haré lo que vos dispongáis, mi señor.

—Os aprecio mucho, doña Germana, y por eso es mi deseo que me acompañéis, al menos hasta que sea coronado emperador. ¡Ea!, no se hable más, y vayamos a cenar, que con tanto desfile se me ha despertado un hambre feroz. Y que no falte cerveza.

Lérida, 29 de enero de 1519

Pedro Losantos era médico del rey. Nacido judío pero convertido al cristianismo, era miembro de una antigua dinastía de médicos de Toledo y durante muchos años había estado al servicio de los Reyes Católicos. En los últimos años del

rey Fernando había permanecido a su lado como fiel consejero y le había sido muy útil en las situaciones más comprometidas. Su cercanía al Católico lo había llevado a conocer secretos que lo convertían en un personaje importante.

A pesar de que se comportaba como un cristiano y cumplía con todos los mandamientos y preceptos de la Iglesia, su pasado judío concitaba entre sus enemigos cierto rechazo y una animadversión que él había sorteado gracias a su cercanía al rey. Pero una vez muerto Fernando de Aragón, el converso se mantenía en la corte gracias a la amistad de su esposa con Germana de Foix, la reina viuda, que la había nombrado dama de compañía y a su hija María la había convertido en su principal confidente.

Con el matrimonio Losantos, y gracias a la mediación de Adriano de Utrecht, el gran consejero y preceptor de Carlos de Austria, viajaban sus hijos Pablo, casado con Leonor de Urrea, descendiente de una familia de nobles aragoneses venidos a menos, y María, viuda del infanzón Lope de Valdivieso, que había muerto pocos años atrás luchando como soldado de fortuna en las guerras de Italia.

Los cinco miembros de la familia Losantos se habían hospedado en Lérida en la posada del Gato, muy cerca del palacio donde se alojaba Carlos.

—He hablado con don Adriano y me ha asegurado que pronto serás médico del rey. Eres uno de los mejores de estos reinos; has estudiado en Salerno y conoces las depuradas técnicas de los médicos árabes que solo allí se conocen. Nadie más preparado que tú para cuidar de la salud de nuestro señor —le comentó Pedro Losantos a su hijo mientras preparaban sus sacos de viaje para reiniciar camino hacia Barcelona, a donde se dirigía la comitiva real.

—Te lo agradezco, padre, pero ya sabes que hubiera preferido instalarme en Toledo, en Zaragoza o en Valladolid...

Pablo Losantos tenía treinta y cinco años; hacía cinco que se había casado con Leonor de Urrea, hija de un noble

aragonés. Era un hombre íntegro que entendía la práctica de la Medicina como una ciencia para sanar cuerpos, pero también como una actividad para cultivar almas y hacer mejores a los seres humanos.

—Ser médico del rey es un privilegio y, aunque conlleva ciertos sacrificios y molestias como los de estar siempre de un lado para otro, en nuestro caso constituye una garantía de seguridad. Aunque tú no estás circuncidado, pues naciste cuando tu madre y yo mismo acabábamos de convertirnos al cristianismo y te bautizamos de inmediato, no dejas de ser miembro de un linaje de judíos conversos, y desde que los Reyes Católicos decretaron la expulsión, hace ya casi treinta años, la Inquisición no deja de rondar y de controlar a todos los que considera que pueden ser relapsos y judaizantes, a los que tilda de herejes y trata como tales.

—Me has hablado de ello muchas veces, pero en esta casa nunca he visto practicar ceremonias ni ritos judíos. Los inquisidores no nos pueden acusar de nada —asentó Pablo.

—Al Santo Oficio no le importa que seas inocente. Basta una denuncia, aunque sea falsa y anónima, para que inicie una pesquisa y someta al denunciado a cárcel e incluso a torturas. Si eres acusado, aun injustamente y sin prueba alguna, la Inquisición te considera, en principio, culpable.

—¿Sin pruebas?

—Sin indicios siquiera. Esos perros de Dios andan por ahí ansiosos por morder a una de sus incautas víctimas sin tener en cuenta para nada si en verdad se trata de un hereje o de un judaizante, o, sencillamente, de una venganza. Los inquisidores padecen de una verdadera obsesión por encontrar herejes en cualquier parte, y qué mejores candidatos que los que en el pasado fuimos judíos.

»El Santo Oficio está infiltrado en todas partes, tiene espías y agentes en todos los sitios. Desde que los Reyes Católicos fundaran esta institución, son ya cientos de personas las que han sufrido sus perversos métodos. Sus principales

objetivos somos los judíos conversos y, luego, los moros, quienes todavía, aunque no creo que por mucho tiempo, pueden practicar su religión aquí, en la Corona de Aragón, si bien ya no en la de Castilla. Pero también lo son todos aquellos sospechosos de profesar herejías, y te aseguro que la lista de nombres que manejan los inquisidores es muy larga y está repleta de causas por las que acusarlos. Cualquiera puede ser tildado de hereje si uno solo de esos perros de Dios se lo propone.

—Hemos acabado —dijo Pablo tras colocar los sacos de viaje junto a la puerta.

—Entonces bajemos a cenar; las mujeres llegarán enseguida.

Juana de la Cruz y María Losantos acababan de visitar a Germana de Foix. La reina viuda estaba triste porque una vez más Carlos de Austria, a pesar de que había sido su amante desde que este llegara de Flandes para convertirse en rey de Castilla y Aragón, se había negado a reconocer como propia a Isabel, la hija de ambos, nacida de sus amorios unos meses atrás en el palacio de la Aljafería de Zaragoza.

—La reina se siente muy desconsolada. Don Carlos jamás reconocerá a Isabel como hija propia, y eso significa que esa niña nunca tendrá un padre y que doña Germana podrá ser tachada de ramera —comentó Juana a su hija María.

Habían preparado un jarabe mezclando una destilación de mejorana con hierbabuena y esencia de aloe para aliviar los dolores de estómago que la reina viuda arrastraba desde hacía unos días. Juana de la Cruz conocía las propiedades de muchas hierbas, no en vano procedía de una familia de judíos de las montañas de Alcoy, al sur del reino de Valencia, en la cual todas las mujeres habían ejercido desde

hacía siglos como expertas curanderas, y le había transmitido todos esos conocimientos a su hija.

Desde muy niña, María había demostrado una especial sensibilidad a la hora de captar, mediante sensaciones cuyo origen no podía explicar, el estado de ánimo de las personas a las que tocaba. A veces tenía presentimientos, sobre todo cuando entraba en contacto con alguien, y entonces sentía extraños presagios. Su madre, a la que le había confiado esta especie de corazonadas, le decía que se trataba de un don especial que muy pocos poseían.

—Don Carlos no puede reconocer a doña Isabel como hija. ¡Cómo va a hacerlo! ¡El padre de la hija de su abuelastral! ¡La esposa del Católico, madre de una hija de su propio nieto! Sería un gigantesco escándalo —comentó María de regreso a la posada del Gato.

—En la corte todos saben que don Carlos es el padre de esa niña. ¿Recuerdas aquellos días en Valladolid? La gente se agolpaba cada día a primera hora de la tarde a las puertas del palacio donde residía doña Germana para ver la llegada del rey; y luego, cuando don Carlos ordenó construir aquel pasadizo elevado para evitar semejante espectáculo, se apostaban debajo de la pasarela en absoluto silencio para escuchar los pasos de don Carlos camino de la alcoba de doña Germana —recordó Juana.

—Sí, así fue, madre, pero nadie se atreverá a proclamar la paternidad de don Carlos si este no la admite. Y nunca la admitirá, nunca.

—Podría hacerlo. Don Carlos no tiene esposa todavía, aunque siendo un muchacho le adjudicaron varias novias.

—¿Qué mujer, y menos aún siendo de familia real, aceptaría casarse con el príncipe que ha sido capaz de dejar embarazada a su propia abuela?

—Abuelastral —precisó Juana.

—Abuela, sí, abuelastral, ¡qué más da! Lo siento mucho por doña Germana, porque la aprecio de verdad y sé la situación de angustia por la que está pasando, pero debe

hacerse cargo enseguida de que su hija nunca tendrá un padre que la reconozca.

—Hace un par de días me confesó que el rey va a casarla con un noble de su séquito: el marqués de Brandeburgo —añadió Juana.

—¡Ah!, ese hombre...

—Es una buena solución para que la reina no permanezca en entredicho. Con esa boda, la pequeña Isabel tendrá un padre y doña Germana un esposo. Así se solucionan estos enredos en la corte.

Leonor de Urrea estaba embarazada de varios meses. A sus treinta y tres años había llegado a creer que era estéril, pero en su interior latía al fin el pequeño corazón del que iba a ser su primer hijo con Pablo Losantos.

La dama aragonesa estaba sentada a una mesa de la posada del Gato junto a su esposo y su suegro, Pedro, esperando a que llegaran Juana y María, que habían ido a visitar a la reina viuda, para cenar.

—Esta tarde he tenido un mareo y vómitos —le comentó Leonor a su esposo.

—Es lo normal en una embarazada —respondió Pablo.

—¿Crees que nacerá... bien?

—Haré todo lo posible para que así sea.

—Ya no soy una jovencita.

—No eres la única mujer que va a parir su primer hijo a esta edad.

—Pero a mis años algunas ya han tenido una docena de partos.

—Las mujeres sois fértiles hasta que dejáis de menstruar, y eso no ocurre hasta pasados los cuarenta años. No solo tendremos este hijo, sino algunos más.

—Durante estos años que hemos estado casados creí que no podría darte hijos, y esa idea me atormentaba porque sé que anhelas tenerlos. Pero ahora soy feliz.

Leonor de Urrea cogió la mano de su esposo y se la acercó hasta colocarla sobre su vientre.

—Lo llamaremos Alonso, como tu padre.

—Yo había pensado en Pedro, como el tuyo —dijo Leonor mirando a su suegro, Pedro Losantos, que dibujó una sutil sonrisa.

—No, ya he hablado con mi padre y está de acuerdo en que el nombre de su primer nieto sea Alonso.

—Lo estoy, lo estoy —asintió Pedro.

—Entonces, así será.

En ese momento entraron Juana y María en la posada.

—¡Ya era hora! El guiso de carnero con cebollas que ha preparado el mesonero está a punto de enfriarse —protestó Pedro Losantos ante la tardanza de su esposa y de su hija.

—Nos hemos retrasado porque hemos tenido que preparar un jarabe para el dolor de vientre de la reina; no se encuentra bien —se excusó Juana.

—Esa mujer está comiendo demasiado —añadió María.

—Escuchad: Pablo va a ser médico del rey. Me lo ha asegurado don Adriano —anunció Pedro.

—Acepta ese puesto, hijo —intervino Juana de la Cruz.

—¿Tú qué dices, esposa? —le preguntó entonces Pablo a Leonor de Urrea.

—Nuestro hijo nacerá muy pronto —Leonor se acarició el vientre, que denotaba su avanzado estado de gestación —. Te conozco bien, sé que decidirás lo mejor para tu familia.

—Serás médico de un emperador y no por ello tendrás que renunciar a todo cuanto crees —añadió Pedro Losantos —. Desde que mi padre, tu abuelo Mosés —Pedro Losantos nombró a su progenitor por su nombre judío—, se convirtiera al cristianismo, y con él toda nuestra familia, los Losantos hemos estado al lado de los reyes y no nos ha ido mal. Han pasado ya muchos años desde que nos hicimos cristianos, pues o nos bautizábamos o tomábamos el ca-

mino del exilio. Muchos de los nuestros se marcharon para mantener su antigua religión, pero nosotros decidimos renunciar a nuestra vieja fe para conservar nuestra forma de vida, aunque pese a ello sigue habiendo quien nos contempla como enemigos de estos reinos y nos tacha de traidores sin aportar la menor prueba de tan gravísimas acusaciones. No podemos caer en el error de dar pábulo a esas maledicencias.

—¿Qué temas? —le preguntó Pablo a su padre.

—Que los enemigos que todavía tenemos en la corte, ya que no han podido conmigo, intenten hacerte daño a ti.

—Pedro Losantos ignoraba que en esos momentos varios miembros del Consejo real estaban maquinando graves acusaciones contra él.

—Tendré cuidado.

—Obra como tu conciencia te dicte, hijo. Lo que decidas estará bien —añadió Juana de la Cruz, que extendió su brazo y acarició el rostro de su primogénito.

—Seguro que aciertas, hermano —terció María Losantos, que hasta entonces había permanecido callada en la conversación de sus padres con su hermano mayor.

Los Losantos estaban dando buena cuenta de la cena cuando un criado entró en la posada, miró en derredor y localizó a Pedro. Se acercó respetuoso, con el sombrero en la mano, le entregó al médico converso un papel doblado y sellado con lacre rojo, y sin decir palabra salió de la fonda como alma que lleva el diablo.

Pedro Losantos ni siquiera tuvo la oportunidad de preguntarle por el motivo de aquella entrega. Tomó la misiva y supuso que sería alguna orden del rey Carlos o de la reina viuda Germana para que se presentara de inmediato ante alguno de ellos, tal vez por una indigestión o un empacho, pues desde que abandonaran sus relaciones amorosas, unos meses atrás, ambos comían y bebían en exceso, sobre todo Germana, que suplía la ausencia del rey en su cama